

# Mensajero del Archivo Histórico

*Juan Agustín de Espinoza, SJ*

de la



Vicerrectoría Académica  
Torreón, México. 30-V-2003

Buzón electrónico: [sergio.corona@lag.uia.mx](mailto:sergio.corona@lag.uia.mx)

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

**Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals**

[http://www.unesco.org/webworld/portal\\_archives/pages/Internet\\_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml](http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml)

Ediciones anteriores del **Mensajero**:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López S.J. Rector  
Mtro. Carlos Portal Salas. Vicerrector Académico  
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

número **57**

## ÍNDICE

página

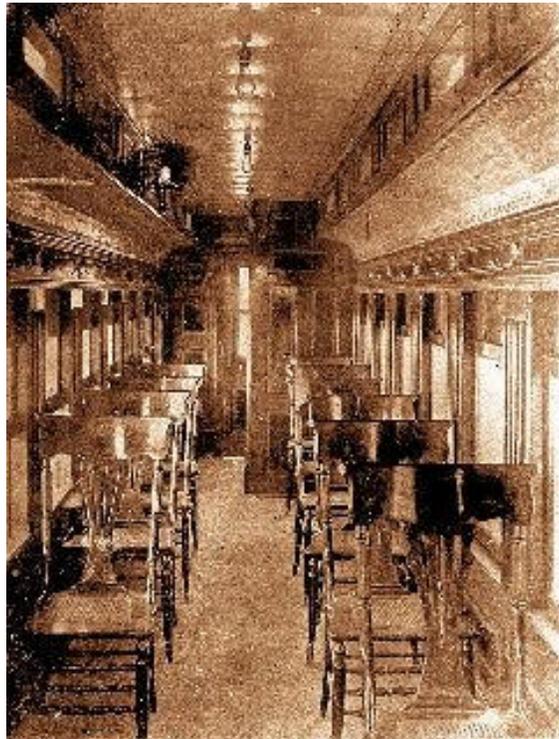
<b>Locomotoras y vagones porfirianos fabricados en La Laguna</b>	<b>1</b>
<b>El Mostrador. <i>La viga en el ojo</i>. Prosas en bastidor poético</b>	<b>5</b>
<b>Libros del Archivo Histórico</b>	<b>9</b>

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania \* Argentina \* Brasil  
Canadá \* Colombia \* Chile \* España \* El Salvador \* Estados Unidos de Norteamérica \* Francia  
Guatemala \* México \* Noruega \* Reino Unido \* Suecia \* Uruguay \* Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.  
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

## Locomotoras y vagones porfirianos fabricados en La Laguna

Sergio Antonio Corona Páez



**Interior del vagón de pasajeros que se fabricaba en la hacienda de Hornos**

En 1910, la hacienda de Hornos, ubicada al oriente de la entonces muy joven ciudad de Torreón (Coahuila, México) se distinguía de entre todas las demás de la nación. Antigua propiedad de los jesuítas, contaba con una vieja casa amueblada y habitada. En su capilla —reliquia misionera de los hijos espirituales de San Ignacio de Loyola— estaban expuestas a la veneración algunas pinturas del siglo XVIII.

Pero no era la producción agropecuaria de la hacienda lo que llamaba la atención, sino su producción industrial. Al poniente de la casa principal se levantaban los sorprendentes talleres de fundición de la hacienda de Hornos, los cuales fabricaban locomotoras, vagones de ferrocarril y tranvías. Las instalaciones de la factoría estaban

distribuidas entre varios departamentos. El primero era el de la fundición del hierro, con un horno de 70 pulgadas que podía fundir piezas hasta de 15 toneladas. Contigua estaba la no menos importante fundición de bronce.<sup>1</sup>

La herrería contaba con 12 yunques con sendas forjas alimentadas con aire por un ventilador conectado con la flecha principal del taller de maquinaria. Había también un martillo de vapor de 800 libras para forjar las piezas grandes.

El taller general de maquinaria estaba montado con la tecnología más avanzada de la época. El torno mayor era de 48 pulgadas de vuelo y de 28 pies entre los centros, mientras que el más pequeño servía para la fabricación de piezas delicadas. Había prensas hidráulicas de hasta 200 toneladas de presión, sierras circulares, taladros, cepillos, ajustadoras, sierras de banca para metales, desgastadores universales, una de las más completas “frisadoras” (*milling machine*) con todos sus accesorios; sacabocados tijeras que de un golpe cortaban en frío barras de acero de cuatro pulgadas “en cuadro”, laminadoras para la fabricación de las calderas, etc.

Había un departamento de carpintería y otro de material rodante para ferrocarriles. A éste eran conducidas todas las piezas fabricadas en los otros departamentos para armar los vagones de ferrocarril que ahí se construían y armaban completamente: locomotoras, carros tanque, carros para pasajeros y tranvías.

Es de llamar la atención que todos los obreros eran laguneros de nacimiento, adiestrados por el ingeniero —también mexicano— Claudio Juan Martínez. La hacienda y los talleres de fundición de Hornos pertenecían a dicho ingeniero, nacido en Veracruz el 22 de agosto de 1879. Sus padres fueron los señores Claudio A. Martínez y Adela Martínez, acaudalados comerciantes del puerto de Veracruz.

---

<sup>1</sup> Tanto la fotografía como la información provienen del *Album de la Paz y el Trabajo*, recopilación realizada por don Ireneo Paz (abuelo de Octavio Paz) y publicado en México en 1910 para las fiestas del Centenario o poco después. Ejemplar del Archivo Histórico JAE de la Universidad Iberoamericana Torreón.

Desde joven, Claudio Juan sintió una gran disposición para la mecánica. Estudió tres años en el Instituto Veracruzano (Escuela Preparatoria de Veracruz). Luego se mudó con sus padres a la hacienda de Hornos, recién adquirida por aquéllos. En la hacienda se ocupó del departamento de mecánica. Cuando tenía 17 años y en vista del talento que demostraba, sus padres lo enviaron a estudiar a un colegio de agricultura y mecánica de Texas. Ahí cursó en un año (1896-1897) los dos años de mecánica. La escuela texana le quedó pequeña a Claudio Juan y continuó sus estudios de ingeniería mecánica en la Universidad de Cornell, Nueva York, donde destacó en los estudios teóricos y en la práctica requerida para obtener su título académico. En 1901 fue autorizado por la Universidad de Cornell para que hiciera su tesis en México, misma que realizó en la “Jabonera La Esperanza”, propiedad del señor Juan F. Brittingham. Claudio Juan Martínez terminó sus estudios en 1901, cuando tenía 22 años de edad.

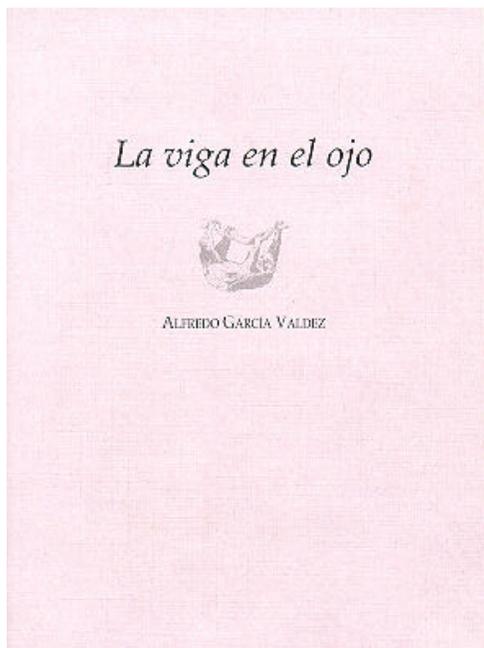
El objetivo del ingeniero Martínez era el de poder instalar talleres de fundición en su hacienda de Hornos, y ahí construir todas las herramientas que podría requerir la industria nacional. Desde luego, le interesaba romper la dependencia tecnológica del extranjero —particularmente de los Estados Unidos— a la vez que hacía un buen negocio.

El ingeniero Claudio Juan Martínez comenzó fabricando ferrocarriles con el proyecto de establecer un tren minero entre Hornos y Mazapil, en el estado de Zacatecas. Las diversas instalaciones de los talleres de fundición le permitían construir vagones de pasajeros, carros-tanque, locomotoras y también vagones de tranvía.

Los vagones de pasajeros construidos en la hacienda de Hornos llamaban la atención por los lujosos acabados que contrastaban con la severidad de las sillas individuales de madera, más adecuadas para una oficina que para un vagón de ferrocarril. Los vagones contaban con bombillas eléctricas para su iluminación.

Es una pena que el precoz despegue industrial de la Comarca Lagunera haya encontrado obstáculos primero en la Revolución, y posteriormente en los casi desconocidos Tratados de Bucareli, firmados en 1923. En virtud de los mismos, los Estados Unidos reconocerían la legitimidad de los gobiernos posrevolucionarios (particularmente el del general Álvaro Obregón) a cambio de que, entre otras cosas, México renunciara a la fabricación de maquinaria pesada y se comprometiera a comprarla a los industriales estadounidenses.

## EL MOSTRADOR



**LA VIGA EN EL OJO:**  
**PROSAS EN BASTIDOR POÉTICO**

JAIME MUÑOZ VARGAS

Acaso uno de los libros más valiosos publicados en Coahuila durante el magolato fue *Máscaras*, obra del escritor zacatecano —y cuasicoahuilense— Alfredo García Valdez, licenciado en letras por la Autónoma de Coahuila y subdirector del *Semanario*,

suplemento cultural del periódico *Vanguardia*, de Saltillo. En aquel volumen, el autor nacido en Cedros hacia 1964 confirmó lo que ya muchos presentían: el depurado estilo de este artista algún día cuajará en otros volúmenes y será, inevitablemente, dechado de prosa rayana en la perfección. Como todas las obras de calidad pero publicadas en el circuito no comercial, *Máscaras* pasó inadvertido por el lector mayoritario, pero para algunos se convirtió en ese tipo de libros, por cierto muy escasos, que bien merecen el cada vez más infrecuente premio de la relectura. Con una prosa tan bien urdida su autor tranquilamente pudo pasar, de golpe, como el tejedor de renglones más pulcro del estado, y para confirmarlo sólo fue necesario esperar un poco de tiempo, un tiempo que por cierto ya llegó.

*La viga en el ojo* se ata a la trayectoria ya descrita por *Máscaras* y avanza un peldaño más en ese afán de perfección no de cada página, sino de cada renglón y hasta podría decirse que de cada palabra. Las estampas organizadas en este nuevo libro de García Valdez han sido trazadas con una prosa firmemente deslizada en los raíles de la poesía. La marcha de estos renglones avanza pues con el delicioso silencio y la firme embestida de una bola tiradora sobre el paño del billar. Ni hay desviación a la torpeza, así sea mínima, y no hay mácula: la tacada es segura, el impacto final es limpio. En otras palabras, cada página reclama con todos sus pulmones una perfección esculpida menos con el cincel que con la lupa. Esta es obra, toda ella, para *gourmets* de la palabra.

Inscrito en la tradición, rica ya, aunque nunca lo suficiente, de los prosistas mexicanos obsesionados por la sinfonización de las letras, el hacer de García Valdez no es menos grato que el de su *paisa* López Velarde en el *Minutero*, que el de Torri en *De fusilamientos*, que el de Arreola en casi todo lo que escribió o que el de Castañón en *La batalla perdurable*, eso por mencionar sólo a cuatro autores estratégicamente ubicados en

cada cuarto del XX mexicano. Como aquellos, el cedrense vecindado en Saltillo suele bruñir hasta sus últimas resplandecencias una idea para luego plasmarla en la página con tesón de miniador. Es de los pocos que, pese a la avalancha de la mala prosa que hoy se guisa en todas partes, no ha cedido a la tentación de escribir sólo con los ojos y la mente, sino con el oído y el corazón.

La arquitectura de *La viga en el ojo* muestra un par de salones: "Animales y oficios" y "Trobar Clus", con 22 piezas ubicadas en el primer recinto y 18 en el segundo; las inaugurales de cuño lírico, las otras igual pero con algún tenue ingrediente narrativo. Como se podrá suponer, no es un libro con páginas de desperdicio. Cualquier ripio ha sido tiránicamente excluido y toda la obra se revela apetecible, jugosa. Si en *Máscaras* la prosa, aunque impecable, todavía estaba al servicio de cierta información, acá sólo es usada para hacer poesía y para iluminar con nueva luz alguna idea, como cumple al ensayo breve de inclinación poemática. Las viñetas tienen humor, una ironía que se agazapa y nos mira con ojillos llenos de malicia, timbre también característico de este tipo de obras escritas a caballo entre el cuento, la poesía y el ensayo evocativo. Además, en *La viga en el ojo* no sólo se siente la pericia de un orfebre de la música verbal; también deambula en este libro un lúdico moralista, un creador de bellos aforismos, de frases sentenciosas que se acuestan con suma placidez en la memoria del lector. Hay, pues, aquí, una conjugación tremenda de forma y de fondo, todo bañado por una radiación infatigablemente poética.

No hay trazo inseguro en este aombroso libro, y es una felicidad saber que alguien en Coahuila está preocupado por pulir las frases hasta sacarles su destello más intenso. ¿Un ejemplo contundente? Todas las páginas son un ejemplo contundente, todas son huéspedes potenciales de una antología. En tiempos de maltrato al español, en épocas

como ésta donde por apetitos mercenarios se medio mastica el inglés y se deja semicocido el aprendizaje del castellano, donde un *mail*, un informe, un anuncio y todo lo escrito y por escribir es manejado con plena y plana irresponsabilidad (recordemos las observaciones de Grijelmo en su *Defensa apasionada del idioma español*), un prosista como Alfredo García Valdez no hace más que restregarnos en el rostro tal incuria, el menosprecio apasionado del idioma español. La suya es una palabra tersa, vigilada, atenta en todo instante a la eufonía pero sin castigo del sentido. En "Mujeres", por caso, el *prosemista* zacatecano (quien por cierto da la impresión de que no nació en Cedros, sino en Jerez) talla una definición punto menos que inmejorable de la mujer, y así cierra: "Todo intento de clasificación zoológica es inútil cuando se aplica a las mujeres. Cada espécimen puede ser una especie recién aparecida o a punto de extinguirse, de mutar, de combinarse, de degenerar. Por encima de todo: cada mujer es muchas mujeres; cada mujer es un harén".

Pero citar apenas un fragmento de estas piezas es casi un capricho. Donde abramos el libro encontraremos frases sentenciosas, adjetivos inusitados de sulfato de cobre, guiños irónicos de la más exquisita cocina, definiciones que mejoran a las de cualquier *Larousse*, imágenes que traen a la memoria del lector imágenes de un pasado espeso de belleza, un ideal de *poiesis* que localiza el arte en todas partes, y en fin, la voz de un poeta que se expresa con arte y sobriedad, con un clasicismo pocas veces usado entre las hordas que perpetran sin freno todos los estilicidios posibles, todos los delitos de leso castellano.

La filiación central de García Valdez, una filiación que en el futuro será paternidad de otros creadores, está expresada por allí, con un claro coqueteo lopezvelardeano, en "Eruditos", una de las más hermosas piezas que habitan *La viga en el ojo*:

El erudito es el tigre que traza ochos en el cubículo de la Academia, rodeado de una enorme cantidad de objetos de cultura. No retrocede ni avanza. (...) El Big Bang explota cada noche en el cubículo del erudito. El plano inclinado de los astros se derrama por la ventana como un chorro de diamantes congelados, eléctricos. El tiempo sin fin ni principio, el espacio incommensurable, zumban adentro y afuera, en la sangre del tigre y en los abismos cósmicos.

Por todo esto es, quizá, el mejor libro de poesía y también de prosa publicado en Coahuila durante el 2002. Sus 105 páginas son belleza pura. Elogiarlo destempladamente apenas es rozarlo. Hay que leerlo entero para sentir el nervio de un rayo que no cesa mientras avanzamos por cada una de sus letras y acaso más allá, cuando avanzamos por las palabras que han sobrevivido en nuestra hospitalaria memoria de lectores, de agradecidos lectores.

*La viga en el ojo*, Alfredo García Valdez, Ico cult-CNCA, México, 2002, 105 pp.

## LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

### COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

*pedidos, por favor a: [acequias@lag.uia.mx](mailto:acequias@lag.uia.mx)*

**1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:**

<http://www.lag.uia.mx/archivo/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>